



Vista de Coblenza.—Pag. 83.—O.

subir á mi habitacion, y los dos ingleses continuaron bebiendo.

Al día siguiente por la mañana me despertó el mozo á las cinco, y le dije fuese á traerme la cuenta mientras me vestía; salió y volvió un momento despues con lo que le habia pedido.

En vano buscaba en la cuenta el vaso de Johannisberg que habia bebido al llegar, y el precio del carruage. En cuanto á lo demas, era tratado como todos: esto era de mucho gusto. Pregunté al mozo si como le habia encargado, me habia procurado un medio de trasporte cualquiera. Me respondió que el señor Simrock me esperaba con su carruage; deseaba llevarme hasta Rungsdorf, es decir, á las siete montañas.

—Bajé, y le pedí noticia de sus dos ingleses.

—Continuan allí, me dijo.

—¡Cómo! ¡aun allí! ¿todavía bebiendo?

—¡Oh! no, ahora duermen.

—¡Cómo! ¿duermen?

—Duermen donde se encuentran. ¡Oh! ¡ellos no tienen necesidad de camas á la francesa!

—¡Pardiez! tengo la curiosidad de verlo.

—Es muy fácil. Entrad.

Empujé la puerta suavemente, milord S.... se habia caído de su silla y estaba tendido en el suelo con su copa en la mano (1); el estudiante estaba echado con la cabeza encima de la mesa, estrangulando con su mano derecha el cuello de una botella de vino de Champagne.

Conté los muertos, tanto de Johannisberg y de Champagne como de Ingelheim: habia catorce botellas vacías.

Respeté su sueño; pero no queriendo dejar á los dos ingleses en la idea de que un francés se quedaba tras de ellos en cortesania, tomé dos tarjetas, y metí una en el vaso de milord, y otra en el cuello de la botella de su camarada.

Estaba hecha mi visita.

Subi al punto en el carruage, y partimos.

LA DRAKENFELS.—COBLENTZA.

Despues de haber salido de Bonn, fuimos por un camino encantador, que costea una orilla del Rhin, resguardado al otro lado por la base de una cadena de montañas sembradas de aldeas, castillos y vilas. Encontramos á

(1) Así se llaman los vasos de vino del Rhin porque han conservado la forma de la copa en que hacían beber á los emperadores romanos el día de su coronación.

nuestra izquierda, en una de las laderas del camino, un pequeño monumento llamado Hock Kreuz (la Cruz alta). Ninguna tradicion encierra aquella capillita del mas bonito gusto gótico; es simplemente un testimonio de la piedad de monseñor Valram de Juliers, arzobispo de Colonia, uno de mis antiguos conocimientos, que representa un papel en mi novela de la *condesa de Salisbury*.

Desde allí es desde donde se empieza á descubrir bajo su mas pintoresco punto de vista, las bellas ruinas de Godesberg. Al salir de esta aldea, tomamos á nuestra izquierda por un caminito de travesía que nos condujo en pocos minutos á la aldea de Rhungsdorf, orilla del Rhin, donde nos encontramos muchas lanchas en espera de los viajeros; en pocos minutos mas fuimos trasportados á Koenigsinter, lindo caserío situado en la otra orilla. Nos informamos de la hora en que pasaba el buque de vapor, y nos contestaron que pasaba al medio día. Esto nos daba de tiempo cinco horas; era mas de lo que se necesitaba para visitar las ruinas de Drakenfels.

En cuanto pusimos el pie en tierra, como no dudaron que fuésemos trepadores, recibimos una carga de un verdadero escuadron de burros, burreros y burreras, que nos envolvían y se pusieron á alabar cada uno las cualidades de su cabalgadura. Uno de estos corceles nos sedujo por el contraste de su magnífica silla y la modestia de su nombre, se llamaba Juanito Hacuschen. Su amo, prometió por él, bajo palabra de honor, que no se revolcaría ni pasaría muy cerca de los precipicios. Mediante estas dos promesas, nuestra compañera de viage, se confió á él.

Juanito cumplió su palabra, por lo que puedo recomendarle en conciencia á las lindas viageras de todos los paises que desean no verse precipitadas en algun barranco.

Despues de tres cuartos de hora de subida próximamente, por un bonito sendero que rodea la montaña, llegamos á la primera meseta, donde encontramos una posada y una pirámide. Juanito se dirigió directamente á la una y yo á la otra; de modo, que por lo que respecta al parador me veo obligado á referirme á él. En cuanto á la pirámide, se elevó en memoria del paso del Rhin por el ejército prusiano.

En las cuatro caras de la base hay las inscripciones siguientes:

¡Honor y gloria al Altísimo!
 ¡Paz y libertad á la patria!
 ¡Honor á los héroes que han sucumbido!
 ¡A los héroes, homenaje de la Lansturna de Siebengeberg!

Como se ve, hay en la cuarteta de Lansturna de Siebengeberg mas patriotismo que imaginacion; pero parece que la lansturna ha

sido quien la ha hecho: como se sabe, la Lansturna es la guardia nacional de Prusia.

Desde esta primera plataforma, un lindo camino tortuoso y enarenado como el de un jardín inglés, conduce á la cima de Drakenfels. Se llega primero á una torre cuadrada, en la que se entra con bastante dificultad por una hendidura, luego á una torre redonda, que completamente deteriorada por el tiempo, ofrece mas fácil acceso. Esta torre está situada en la roca misma del Dragon. El Drakenfels toma su nombre de una antigua tradición que se remonta al tiempo de Juliano el Apóstata. En una caverna que se enseña á la mitad del camino de la montaña, se había retirado un enorme dragon, tan perfectamente arreglado en sus comidas, que el día que se olvidaban de llevarle un prisionero ó un culpable, al sitio donde tenía costumbre de encontrarle, bajaba al llano y devoraba á la primera persona que hallaba. Bien entendido que el dragon era invulnerable.

Sucedía esto, como hemos dicho, en el tiempo en que Juliano el Apóstata llegó con sus legiones á acampar en las orillas del Rhin. Los soldados romanos, que no tenían mas vocación para ser devorados que los naturales del país, se aprovecharon de la guerra que hacía á los pueblos de las cercanías para alimentar el monstruo sin que les costase nada. Entre los prisioneros se encontraba una jóven tan hermosa que se la disputaron dos centuriones, y no queriendo cederla ninguno de los dos, estaban próximos á degollarse, cuando el general para ponerlos en armonía decidió ofrecer á la jóven al monstruo. Se admiró mucho la sabiduría de aquella sentencia, que algunos compararon á la de Salomón, y se dispusieron á gozar del espectáculo.

En el día dicho, la jóven fué conducida, vestida de blanco y coronada de flores, á la cima del Drakenfels: la ataron al árbol, como Andrómeda á su roca; únicamente pidió la dejasen las manos libres, y no creyeron que debían negarla tan pequeño favor.

El monstruo, ya lo hemos dicho, tenía una vida muy metódica, comía como se come aun hoy en Alemania. Así, en el momento en que se le esperaba salió de su caverna y subió, medio arrastrando, medio al vuelo, al sitio donde sabía encontraría su pasto. Aquel día tenía el aspecto mas feroz y mas hambriento que de costumbre. La vispera, sea casualidad, ó refinamiento de crueldad, se le había servido un anciano prisionero bárbaro, muy duro, y que no tenía mas que la piel y los huesos; de modo, que todos se prometieron un doble placer de aquel aumento de apetito. El mismo monstruo; viendo la exquisita víctima que le habían presentado, rugió de alegría, sacudió al aire su escamosa cola y se lanzó á ella.

Mas cuando estaba próximo á cogerla, la jóven sacó de su pecho un crucifijo y le presentó al monstruo. Era cristiana.

A la vista del Salvador, el monstruo quedó como petrificado; despues, viendo que ya no tenía nada que hacer allí, huyó silbando á su caverna.

Esta era la primera vez que aquellas poblaciones veían huir al dragon. Así, mientras unos acudían á la jóven y la desataban, los demas habitantes persiguieron al dragon, y animados por el espanto de éste, introdujeron en la caverna una gran cantidad de haces de leña sobre los que colocaron azufre y resina, prendiendo en seguida fuego.

Por espacio de tres días arrojó llamas la montaña como un volcan, por espacio de tres días se oyó al dragon luchar silbando en su caverna; al fin cesaron los silbidos: el monstruo estaba asado.

Todavía hoy se ven las señales de las llamas, y la bóveda de piedra, calcinada por el calor, se hace polvo con solo tocarla.

Se concibe que semejante milagro ayudó mucho á la propagación de la fé cristiana. Desde últimos del siglo IV, había ya muchos sectarios de Jesucristo en las orillas del Rhin.

Cuando estaba yo ocupado en admirar el magnífico paisaje que se desarrolla en veinte y cinco leguas á la redonda desde la cima del Drakenfels, la mas elevada de las siete montañas, el propietario de Juanito me enseñó mucho mas allá de Bonn, es decir, á cuatro ó cinco leguas sobre el Rhin, un puntito negro, que á aquella distancia apenas parecía movable, pero que con el auxilio de mi anteojo vi era nuestro buque de vapor, ese otro dragon moderno que se acercaba arrojando llamas y humo por sus abiertas fauces, batiendo el Rhin con sus alas de hierro. Empezamos á bajar de la montaña, Juanito se picó en su honra, y llegamos á tiempo á Kænigs Winter.

Volví á encontrar en el buque á los dos ingleses, el que se llamaba estudiante, de cuarenta y cinco años, y su amigo milord S... aquel viudo inconsolable de que he hablado en mi último capítulo sobre Bonn; subían el Rhin para ir en compañía hasta Maguncia, á ver en qué estado se hallaba el sepulcro de milady S...

Encontrábase también allí un holandés, que segun la costumbre de su país, viajaba solo con su prometida. Es excelente la costumbre de Holanda, y que compensa perfectamente su manera de componer el pescado cocido, el permiso de viajar juntos que los desposados obtienen de sus padres. Como el viajar es la situación de la vida en que se desarrollan mas libremente las buenas y malas costumbres, los futuros esposos, solo con subir el Rhin de Nimega á Strasburgo, conocen su respectivo carácter como si hubiesen ya vivido diez años juntos. Si se avienen, vuelven cogidos de la mano al hogar de sus abuelos que les dan su bendición y los casan. Si no congenian, se separan, vuelven separados cada uno en un buque, y comienzan otra vez á viajar, el novio

con una nueva prometida, y esta con un nuevo novio. Resulta de esta combinación, que es muy raro que al sétimo ú octavo viage, las dos mitades de almas que se buscan segun Platon y Mr. Dupaty, no se hayan encontrado.

Una vez casados, los holandeses no salen ya de sus casas.

Apenas el de que hablo supo que estaba yo allí, miró como un deber presentarme á su prometida; era una corpulenta y bella holandesa que se creyó obligada á figurar me había leído. En cuanto al novio, me habló mucho de la poesía holandesa, y me preguntó si conocía á dos poetas que me nombró; le respondí que no tenía ese honor. El novio partió de aquí para decirme que eran dos hombres muy superiores á Lamartine y Hugo, y que serian conocidos del mundo entero, si se pudiera pronunciar su nombre en otro país que en Holanda.

Lamenté la suerte de aquellos dos genios desconocidos y relegados á la oscuridad por una conspiración de consonantes. Lo cual me captó la simpatía del novio, y de la novia, que me hicieron mil ofrecimientos para en el caso de que quisiese alguna vez ir á Lekkerkerk. Este era el nombre de su localidad.

Felizmente el paisaje que era maravilloso, me proporcionó ocasión de interrumpir la conversación holandesa en que me había metido. En aquel momento pasábamos entre Rolandseck y Nonenwerth.

La peregrinación del *Rolandseck* ó á las ruinas de Rolando, es una necesidad para las almas tiernas que habitan no solo las dos orillas del Rhin, desde Schaffouse á Rotterdam, si no también de cincuenta leguas en lo interior de las tierras. Si se ha de creer la tradición, allí es donde Rolando, dispuesto á partir para combatir á los sarracenos de España, subiendo por el Rhin para responder al llamamiento de su tío, fué recibido por el conde Raimundo. Este, sabiendo el nombre del ilustre paladin á quien tenía el honor de recibir en su casa, quiso que fuese servido á la mesa por su hija, la bella Ildegonda. Poco importaba á Rolando quién le sirviera, siempre que la comida fuera abundante y el vino bueno. Alargó, pues, su vaso: en aquel momento se abrió una puerta, y entró una linda jóven con una vasija en la mano, y se dirigió al caballero. Mas cuando hubo andado la mitad de la distancia que de él la separaba, se encontraron las miradas de Rolando é Ildegonda, y ¡cosa extraña! ambos empezaron á temblar de tal modo, que la mitad del vino cayó en el pavimento, tanto por culpa del convidado como de la escanciadora.

Rolando debía partir al día siguiente, mas el anciano conde Raimundo insistió para que pasase ocho días en el castillo. Rolando conocía perfectamente que su deber le llamaba á Ingelheim; pero Ildegonda levantó hácia él sus preciosos ojos, y se quedó.

Pasados los ocho días, los dos amantes no se habían hablado de su amor, y sin embargo, en la noche del octavo, Rolando cogió de la mano á Ildegonda y la condujo á su capilla. Luego que estuvieron ante el altar se arrodillaron ambos con un movimiento unánime. Dijo Rolando:

—Jamás tendré por muger á otra que á Ildegonda.

Ildegonda añadió:

—¡Dios mio! recibid el juramento que hago de ser vuestra si no soy suya.

Partió Rolando. Un año trascurrió. Rolando hizo maravillas, y la fama de sus proezas se estendió desde los Pirineos hasta las orillas del Rhin; despues y repentinamente, se oyó vagamente hablar de una gran derrota, y el nombre de Roncesvalles fué pronunciado.

Una noche llegó un caballero al castillo del conde Raimundo á pedir hospitalidad; iba de España á donde había acompañado al emperador. Ildegonda se aventuró á pronunciar el nombre de Rolando, y entonces el caballero la refirió como en el desfiladero de Roncesvalles, rodeado de sarracenos (1), y viéndose solo contra ciento tocó su bocina para llamar al emperador en su socorro, y lo hizo con tal fuerza que á pesar de hallarse á mas de legua y media el emperador, había querido volver oyéndole; pero Ganelon se lo impidió, y el sonido de la bocina se alejó perdiéndose, último esfuerzo del héroe. Entonces le había visto, para que su excelente espada *Durandalne* no cayese en poder de los enemigos, intentar romperla contra las rocas; mas acostumbrada á hendir el acero, *Durandalne* había hendido el granito, y había sido preciso que Rolando metiese la hoja en una grieta y la rompiese apoyándose encima. En seguida, cubierto de heridas, había caído junto á los pedazos de su espada murmurando el nombre de una muger que se llamaba Ildegonda.

La hija del conde Raimundo no derramó una sola lágrima ni exhaló un grito: únicamente se levantó pálida como un cadáver, y aproximándose al conde:

—Padre mio, le dijo, no ignorais lo que Rolando me había prometido, ni lo que de mi parte había prometido á Rolando. Mañana, con vuestro permiso, entraré en el convento de Nonenwerth.

Miró el padre á la hija moviendo tristemente la cabeza, porque se decía á sí mismo: ¿es decir que Rolando era todo? ¿Y yo no era, pues, nada?

En seguida, recordando que era cristiano antes que padre:

—¡Cúmplase en todo la voluntad de Dios! respondió.

(1) El autor confunde, sin duda por una equivocación, á los sarracenos con los vascos, que fueron los que real y verdaderamente derrotaron la retaguardia del ejército de Carlo-Magno.

Y al día siguiente Ildegonda entró en el convento. Después, como ella tenía prisa por tomar el velo, porque la parecía que cuanto más se separase de la tierra estaría más próxima á Rolando, obtuvo del obispo diocesano, que era tío suyo, se redujese el tiempo de las pruebas para ella á tres meses; y pasados estos tres meses, pronunció sus votos.

Ocho días habían pasado, cuando un caballero pide hospitalidad en el castillo del conde Raimundo. Sale el conde á su encuentro, el caballero se para y le mira estupefacto, porque en tres meses que estaba separado de su hija, el conde había envejecido más de diez años. Levanta el caballero la visera de su casco:

—Padre mío, dice, he cumplido mi palabra. ¿Me ha guardado Ildegonda la suya?

El anciano lanza un grito de dolor. Aquel caballero era Rolando. Las heridas que había recibido eran profundas, pero no eran mortales. Después de una larga convalecencia, se había puesto en camino para ir á reunirse con su prometida.

El anciano se apoyó en el hombro de Rolando; en seguida, recobrando su valor, le condujo sin responder una sola palabra á la capilla, y allí haciéndole señal de que se arrodillara, y arrodillándose junto á él:

—Oremos, le dice.

—¿Ha muerto? murmuró Rolando.

—¿Ha muerto para tí y para el mundo! ¿No había jurado no ser más que tuya ó de Dios? Ha cumplido su juramento.

Al día siguiente por la mañana, salió á pie Rolando, dejando su caballo y sus armas en el castillo del anciano conde; se internó en la montaña, y al anochecer llegó á la cima de uno de los picos que dominan el río; vió á sus pies, al extremo de la verde isla, el convento de Nonenwerth. En aquel momento cantaban las monjas la oración, y en medio de todas aquellas santas voces que subían al cielo, había una que llegó directamente á su corazón.

Rolando pasó la noche tendido sobre la roca; al día siguiente al amanecer, cantaron las monjas á maitines, y oyó de nuevo aquella voz que hacía vibrar todas las fibras de su alma. Entonces resolvió construirse una ermita en la cima de aquella montaña, á fin de no alejarse al menos de la que amaba. Puso su obra en ejecución.

Como á las once, salieron las monjas y se esparcieron por su isla; mas una de ellas se alejó de sus compañeras y fué á sentarse bajo un sauce orilla del agua. Tenía echado su velo; llevaba el mismo traje que las demás religiosas, y sin embargo, Rolando no dudó ni por un momento que aquella era Ildegonda.

Por espacio de dos años oyó Rolando día y noche en medio de las plegarias religiosas aquella voz que le era tan querida; por espacio de dos años, todos los días á la misma hora,

la misma religiosa solitaria iba á sentarse á un mismo sitio, aunque cada día se dirigía á él con más lentitud. Al fin una noche faltó la voz. Al día siguiente por la mañana, la voz faltaba también. Dieron las once, y Rolando esperó inútilmente. Las religiosas se esparcieron como de costumbre por el jardín, mas ninguna fué á sentarse bajo el sauce orilla del agua. A las cuatro, las religiosas, relevándose de cuatro en cuatro, cavaron una fosa al pie del sauce; cuando la fosa estuvo hecha, Rolando volvió á oír aquellos cánticos en que continuaba faltando la voz más dulce y sonora, y toda la comunidad salió acompañando el féretro en que yacía una virgen cuya frente estaba coronada de flores, y que llevaba descubierto su pálido rostro.

En dos años esta era la primera vez que Ildegonda se levantaba el velo.

Tres días después trepó hasta la cima de la montaña un pastor á quien se le había extraviado una cabra, y encontró á Rolando sentado, con la espalda apoyada en la pared de su ermita, y la cabeza inclinada sobre el pecho. Estaba muerto.

Los dos súbditos del rey de Holanda, el novio y la novia, de quienes he hablado más arriba, se bajaron en la aldea de Rolanswerth, y antes que el vapor hubiese doblado la punta de Unkelbach, los vimos aparecer amorosamente enlazados sus brazos, en la cima del Rolandseck.

Frente á la punta del Unkelbach, en la ribera opuesta, está la aldea de Unkel, con sus canchales de basalto, algunas de cuyas columnas se elevan del fondo del Rhin, como las ruinas de una ciudad sumergida; y al otro lado Remayen, la antigua Regomayen de los romanos, á través de la que el elector palatino Carlos Teodoro, hizo construir un camino, que terminó Bonaparte en 1804. Diez y seis siglos antes, Marco Aurelio tuvo la misma idea y ejecutó el mismo trabajo. Así los operarios encontraron en todas partes vestigios de la calzada romana, piedras miliarias, monedas, columnas, inscripciones y sepulcros; de modo que en rigor no hubieran tenido más que seguir el antiguo trazado. Detrás de Remayen se eleva el Appollinarisberg, donde se conserva la cabeza de Santa Apolinaria, la cual se dice es una reliquia muy milagrosa.

En este momento mi viejo estudiante inglés se acercó á mí, seguido siempre de milord S... quien con su crespon en el sombrero y su crespon en el brazo tenía el aspecto de una dueña dolorida. El estudiante tenía en la mano una botella y dos vasos, milord S... tenía otro.

—Tomad, me dijo alargándome uno de los dos vasos, es preciso que probéis del vino de Ley, frente á la montaña donde se hace la recolección de la uva, y aunque no me habeis parecido muy aficionado, me diréis lo que pensais de él...

—¡Oh! respondí después de haberle probado, es un vino excelente.

—Ya lo creo, respondió el inglés sonando la lengua; éste, el *Johannisberg* y la *Leche de la Virgen*, son los mejores del Rhin.

—¿Y dónde se coge ese néctar?

—Mirad, me dijo el inglés ¿veis aquella roca de basalto?

—¿Y bien?

—Saludadla, esa es su patria.

—¡Pero, si no hay una pulgada de tierra sobre vuestra roca, y á menos que salga de algún manantial!...

—¡Ah! ved, querido, cuando hayais estudiado treinta años como yo, sabreis que siendo el hombre un animal industrioso, ha encontrado remedio para todo, y siempre que ha sido necesario, ha revisado y corregido la obra de la creación. Y como aquí la creación no había pensado en hacer crecer la viña y el hombre ha conocido que le vendría perfectamente la cepa; reconoció esto, se ha plantado la cepa en canastillos; y ha llevado sus canastillos á la montaña; la vid ha producido en ella, ha madurado la uva como si estuviera en el suelo todo de tierra, y se hace este vino.

—Es excelente.

—Ya lo creo, milord, *another glass tho memory of that dear lady* (1).

—¡Hen! pronunció el inglés tragándose compungido su *wein ley*.

—Ya lo veis, me dijo su camarada; según las palabras del Salmista, bebe su vino mezclado con sus lágrimas. Yo le prefiero puro; ¿otro vaso?

—Gracias.

—Por mi parte, bebo siempre tres al pasar por este sitio. El primero por mí, el segundo en reconocimiento al inventor desconocido del sistema de la vid en cesto y el tercero en honor al señor de Alpenahr; ya veis que habeis faltado en dos vasos.

—¡Muy bien! el primero lo he bebido por corresponder á vuestra invitación. Voy á beber el segundo en reconocimiento al hombre de las cestas; mas en cuanto al tercero, como el vino del Rhin, que por lo demás yo aprecio mucho, me ataca terriblemente á los nervios, me permitireis os pregunte quien era el señor Alpenahr, antes de beber á su memoria.

—¡Ah! pues bien, el señor de Alpenahr era un digno caballero, cuya mansion estaba situada en la vega que termina en el Rhin, allí, precisamente á nuestra derecha, y que se llama Lahr. Hallábase sitiado por uno de sus enemigos, cuyo nombre no recuerdo, mas no importa; en el momento en que el sitiador plantaba su bandera sobre las murallas, el señor de Alpenahr apareció á caballo y armado de punta en blanco en su balcon, y diri-

(1) Otro vaso en memoria de aquella querida milady.

giéndose á su enemigo: «Conde Hermann, le dijo, (se llamaba Hermann) vuestros dardos y vuestras piedras han matado á mis gentes. El hambre y la peste me han arrebatado mi muger y mis hijos: nadie queda en el castillo mas que yo y mi caballo de batalla; no cogereis vivos ni al uno ni al otro. Adios, conde Hermann, ¡y maldito seas!»

Dichas estas palabras, picó espuela á su caballo, que saltó relinchando por encima de la barandilla del balcon, y desapareció con su señor en las ondas.

—¡Oh! no puedo negarme á beber un vaso de vino del Rhin á la memoria de tan valiente caballero; llenadle, sir...—Si no habeis olvidado vuestro nombre como el del conde Hermann, me atreveré á preguntarle.

—Sir Patrick Warden.

—Pues me parece que sois injusto, sir Patrick.

—¿Cómo es eso?

—Bebeis á la memoria del caballero de Alpenahr ¡y olvidais su caballo!

—¡Por mi alma; teneis razon! ¡En ese caso, tengo que hacer un gran recuerdo! Hace diez años que subo y bajo el Rhin. A cuatro veces por año (y hago un cálculo muy bajo) resultan cuarenta vasos que debo beber á los manes del caballo. Mozo, otra botella de vino de Ley.—Milord, este caballero dice una cosa muy justa, continuó en inglés sir Patrick, y dirigiéndose á milord...

Me aproveché de la explicación para ir al otro extremo del buque, y desde allí vi á milord reconocer visiblemente el error que su compañero había cometido, ayudándole tanto como le era posible á rectificarle.

Recibieron más de seis botellas de vino de Ley, pero sir Patrick, que era hombre de mucho arreglo, se encontró al corriente de sus cuentas.

En tanto continuábamos avanzando y habíamos pasado á Leusdorf con la torre blanca de su iglesia; Linz, tomada por Carlos el Tercerario en 1476, es decir, un año antes de su muerte; Jenzig, la antigua *Senticum* de los romanos, fundada por Sentino, lugarteniente de Augusto; Argenfels y su antiguo castillo; Reineck, donde murió en 1344 el último descendiente de la familia de este nombre; Brohl, encantadora aldea, cuyos techos rojos y azules brillan á través del velo que forma el ramaje de los olmos. En fin, Hammerstein, célebre por la hospitalidad que prestó en lo antiguo á Enrique IV.

Era á fines del año 1405. El habitante del antiguo castillo cuyas ruinas se ven todavía hoy, se llamaba el conde Wolf de Hammerstein, era el último de su raza, porque no había tenido hijos varones, sino dos hijas tan lindas que se las llamaba las rosas del Rhin.

Peró lejos de calmar su dolor, las dos jóvenes condesas eran para su anciano padre objeto de eterno pesar y hubiese dado dos por